



## La Viejita Chachay

Vivía en el Barrio Pescador del pueblo de Arauco, una señora de edad indefinida que vendía pescado en una carretela por las calles.

Era lo particular de su grito “ay..ay..ay....pescado fresco....” y después de un sólo tiempo “chachaychaychaychay.... Chachaychaychaychay...” lo que la hizo merecedora de su apodo “La Viejita Chachay”.

Su marido, quien había sido pescador murió trabajando en el mar, y su único hijo que acompañaba a su padre en las faenas de pesca, viendo que su madre ya estaba muy anciana, decidió vender el bote y dedicarse a la venta de pescado por las calles del pueblo.

Esta anciana tenía una vaca recién parida con un ternero, que ordeñaba todas las mañanas y llevaba a lugares donde había pasto. Ahí la amarraba y en la tarde volvía por ella, recorriendo de esta forma, todos los días el pueblo de Arauco.

Un buen día amarró a la vaca y su ternero en un lugar cerca de una chacra, pero los animales se soltaron derribando parte del cerco y pasando al terreno que pertenecía al Gobernador del pueblo. El suelo, que estaba sembrado con porotos y maíz quedó destrozado por el daño que causaron los animales.

Cuando alguien se dio cuenta avisó al Señor Gobernador, quien ordenó amarrar la vaca y el ternero dentro de su predio, en un espacio donde sólo había tierra. Así estuvieron los pobres animales hasta que la anciana fue a buscarlos, sin embargo, no los pudo retirar, ya que el Señor Gobernador le cobró por el daño que habían causado. La Viejita Chacay, que no ostentaba riquezas ni mucho menos dinero, debió dejar allí a sus animales hasta conseguirse el monto cobrado.

Pero a la pobre nunca le faltaban los problemas y mala suerte, ese día, su hijo andaba con sus amigos tomando y no estaba en casa, lo que complicó más conseguir el dinero para rescatar a sus animales. Fue así, que cuando volvió a verlos, estos estaban muertos debido a la sed y hambre.

Tras lo sucedido, no faltó el ciudadano araucano que tenía “sangre en el ojo” con el Señor Gobernador, y le aconsejó a la viejita que fuera a Santiago a conversar con el Presidente de la República, Don Juan Antonio Ríos, hombre oriundo de Cañete y muy sensible con el sentir de los habitantes de su provincia.

Le armaron todo el viaje, la viejita mató una gallinita, envolvió un quesito y una docena de huevos. Tomó el tren de la mañana que en compañía de un amable ciudadano la dirigió hasta Concepción.

En Concepción esperaron el tren nocturno y nuestra simpática Viejita Chacay, se fue a la capital con el deseo de pedirle justicia al señor presidente.

Una vez llegada a Santiago se fue (o la llevaron) a La Moneda, donde habló con un carabinero de turno y le dijo que venía del pueblo de Arauco a pedir justicia al señor presidente. Alguien la escuchó y Don Juan Antonio Ríos la recibió con un abrazo, le recibió sus regalos y la escuchó. De inmediato el presidente a través del telégrafo mandó un oficio al Gobernador, en el que exigía la restitución de un ternero y una indemnización por los días que la Viejita no pudo sacar leche ni venderla.

En un pueblo chico las buenas y malas noticias corren como un reguero de pólvora, y cuando la Viejita Chacay regresó al pueblo de Arauco, en la estación estaba todo el barrio pescador esperándola con aplausos. Fue tanta la humillación del señor gobernador, que antes del año renunció a su puesto y se fue del pueblo...

Doy fe de haber escuchado este relato en una conversación entre la Srta. Rosita Guzmán, “matrona colegiada” y la Sra. Andrea Barrales Alé, en el año que hice mi primera comunión 1957.

